

diario «L'Humanité», concurre al restaurante Croissaut, en Montmartre, donde es asesinado, a balazos, por un individuo medio loco, llamado Raoul Villain.

Así cayó Jean Jaurés, primera víctima de la espantosa guerra de 1914-1918. No podemos olvidar su tenaz y valerosa campaña para impedirla y mantener la armonía de las naciones.

Jaurés luchó por establecer una democracia social amplia y justiciera y defendió al hombre y sus valores espirituales. Pereció por lograr que se mantuviera la paz, palabra simple, elocuente y humana que resume los anhelos de todos los seres humanos. Jaurés fué un mártir en esta cruzada pacifista y es un símbolo para todos los hombres amantes de la libertad, la justicia y la paz.—J. C. J.



LA OBRA Y LA PERSONALIDAD DE HOMERO BASCUÑÁN, por *Luis González Zenteno*

No sé hasta qué punto los críticos son necesarios; pero lo cierto es que la diversidad de juicios frente a una misma obra de arte, desconcierta al profano y pone en tela de juicio las facultades de los críticos. El propio Dostoiewski, aun traído y llevado por muchos, fué ignorado por críticos de su tiempo. Arturo Koestler, autor de varios libros apasionantes, comenta con humor irónico en «El yogi y el comisario», que no sería nada de raro que un crítico inglés descubra «ciertas posibilidades» en el autor de «Crimen y Castigo», y vaticine un éxito estruendoso a una joven novelista que enhebra un idilio rosa en las campiñas inglesas. La variedad de opiniones es tan grande, que un famoso pintor inglés declaró que, no se debe decir «esto es feo o esto es bello», sino «esto me gusta o esto no me gusta», que es lo más apropiado.

Con el escalpelo de la crítica andan muchos ciudadanos, atareados en señalar los defectos ajenos. Ortega y Gasset nos da algunas útiles recomendaciones para justipreciar la obra de arte. El clásico lucha contra los innovadores, olvidando que el modernismo llega con el tiempo a ser clásico. Pero hay abismos u obstáculos de cultura, de sensibilidad, de visión cotidiana que impiden captar las vibraciones de los que rompen el marco usual, esto es, de los revolucionarios artísticos. ¡Cuántas obras geniales no hubieran salido del anonimato, si se hubiera prevalecido el criterio de ciertos críticos! «El artista adolescente», de James Joyce anduvo años de Herodes a Pilatos, sin encontrar editor. Cervantes costeó la mayor parte de sus obras, pese a su clásica inopia económica. En Chile, nuestro insigne polígrafo don José Toribio Medina no habría dejado la montaña de libros que enriquece una de las salas de nuestra Biblioteca Nacional, si no hubiera desempeñado él en persona las funciones de tipógrafo y prensista.

Retornando al caso dostoiewskiano, tenemos lo que apunta con su agudo ingenio Stefan Zweig. Turgueniev capitalizó en su patria todos los honores y beneficios materiales de la gloria, mientras el inmortal Dostoiewski chapoteaba en la miseria. Dostoiewski es el punto de partida de la novela psicológica, un anticipo de Freud. Pero, con cuánto acierto lo subraya Zweig. No basta leer al atormentado ruso una vez ni dos. Hay que preparar la sensibilidad, abrir de par en par el corazón, predisponerse al sufrimiento, y entonces surgirán de las páginas las verdades amargas, las dolorosas revelaciones inocuas para los espíritus fríos.

Cada autor es un clima y es un mundo. Por tal razón nos espantan los críticos desenfadados que vuelcan sus opiniones con frialdad de cirujanos en la mesa de disección. Que se erigen en árbitros inapelables de la obra de arte. Con frecuencia los libros nos traicionan. Una novela, un ensayo, que en determinada ocasión nos pareció pesado, de repente se aligera, nos abre

sus alas tersas, nos revela sus destellos de ironía, de gracia, de hondura, de humanidad, y disfrutamos intensamente. ¿Qué ocurrió? ¿Hemos cambiado? Sí, cambiamos continuamente. Secretas transformaciones se operan en nuestra psiquis, para que el alma emocionada reciba el mensaje de la prosa antes estéril que la vara de Moisés de la sensibilidad ha convertido en manantial.

El artista lee no para acrecentar sus conocimientos sino para conocer más íntimamente al ser humano. La perspectiva del artista es distinta de la del erudito, del matemático, del investigador científico, del especialista. En la medida que crece el corazón del artista, crece su obra. En la medida que sufre, se agradan sus perspectivas. No en vano Juana de Ibarboure dijo: «Los más grandes pensamientos nos vienen de sentir». Esa es nuestra brújula. Y esa es la causa que del andrajo, de la enfermedad, del vicio surjan destellos de belleza. De Paul Verlaine forjando versos maravillosos, envenenado de ajeno. De Genaro de Nerval, desangrándose en los laberintos sublimes de la locura. De Baudelaire hundido en sus turbias flores del mal. De los que se azotan, se arrastran, se sacrifican en su duelo íntimo, con los ojos cuajados de lágrimas, ¡divinas lágrimas!

Escribe con sangre, con su propia sangre, es la receta. Lo preconizan los antiguos trágicos. Lo repite Giovanni Papini. Está en labios de Bernard Shaw, que ha expresado:

«El verdadero artista transforma en tinta de imprenta la sangre de su madre».

Y ahora, entremos en materia.

Deliberadamente no hemos hablado con anterioridad de la obra de Homero Bascuñán, este escritor que ha recibido tantas influencias, aunque él sólo reconoce por maestros a Moisés y al doctor Ramón Clarés Pérez. La obra de Homero Bascuñán es notable por muchas razones. Hay un cuento publicado en la antología de Nicomedes Guzmán, que tiene contornos clásicos.

«Don Pigua» es, a nuestro juicio, lo mejor que se ha escrito sobre la pampa salitrera. Sol, viento, calor, salitre flotando en el panorama, y un hombre recio que es la síntesis, la esencia de los hombres del desierto. El relato discurre morosamente como el escenario mismo, aburrido, sin color. Homero Bascuñán repite el manido tema del tiro que explota antes de tiempo y destripa al «particular». Y, sin embargo, las tantas veces contada muerte se yergue novedosa y única. Se le aprieta a uno el corazón como un puño, los ojos se humedecen, y ya está hecho el milagro de conmovernos. Igual sucede con «Chululo», retrato del quiltro abnegado, que obtuvo un premio en el concurso de cuentos de «El Mercurio» de Valparaíso, el año 1942.

Por ese tiempo publicó también «La Nación», «El compañero Monardes», otro cuento de trama sencilla y denso de humanidad. Un episodio común y corriente; un obrero panificador a quien sus luchas en favor de los obreros le abren las perspectivas de una candidatura a diputado. Ambiciones, sueños, debilidades humanas hilvanan el argumento. El y su mujer se dejan mecer por la ilusión. El compañero Monardes se embarca en la deliciosa aventura. Hasta que el resultado adverso de las urnas lo lanza de bruces contra la dura realidad. En el recinto de su estrecha pieza del conventillo, ambos son aves con las alas rotas. El drama logra intenso dramatismo.

En líneas generales, podemos afirmar que Homero Bascuñán es un hombre que no escribe serenamente sino espoleado por la fiebre de la creación, de sus fantasías, de sus lucubraciones metafísicas. En los cuentos citados hay influencia de algunos autores nacionales, Manuel Rojas en primer término, para mencionar uno solo, por el equilibrio y pureza de la construcción.

Después viene «La rebelión de los árboles», publicado por «Flor Nacional», que reúne seis cuentos de variada factura. Agrupados en el orden que nos agrada, confesamos que el que se lleva en primer término nuestras preferencias es «Otoño

celeste». Es este un cuento que hay que entender por el aire de magia que lo envuelve. William Faulkner parece presidir el relato. Un misterio fascinante corre en la urdimbre de la prosa. El alma de un tipo fallecido ronda en torno a su ataúd. El alma piensa, rodeada de los seres queridos. «Jije», un gato, fija con su presencia toda una curiosa personalidad. «Jije» es un tema soslayado. «Negrito» se llama el tordo que, indiferente, picotea una papa cocida. ¿El muerto, era soldado? ¿Mandaba un batallón? Nadie lo sabe. Pero no importa descubrirlo, ya que eso es sólo un detalle de la absorbente narración.

«Un predestinado de las letras», el largo cuento que inicia el libro, es una pieza teatral humorística y filosófica. Averchenko podría haberlo suscrito. Es jocosa realidad. El hecho se repite desde que la humanidad rastrea a través de su penosa trayectoria. Muchos libros sólo tienen del autor la paternidad de su firma. Ni Julio César se libra de este pecado, no obstante que Julio César fué un notable cronista. Los últimos tomos de «La conquista de las Galias» es obra de anónimos historiadores. Con todo, lo que dejó escrito es suficiente para rendir un tributo de admiración a su talento múltiple.

Mas no todos pueden emular a Julio César. Y estadistas, políticos, legisladores, diplomáticos y personajes de alto vuelo, recitan lo que sus amanuenses le escriben. Y la aureola intelectual aumenta, porque «un predestinado de las letras» vende por metros su capacidad intelectual.

«La rebelión de los árboles» es una bella parábola. Después, tres cuentos esotéricos nos muestran otras facetas del autor.

«Mariela-Campana» es el poema del amor. Del amor que levanta al individuo y lo hace ingrávido. Del amor que recoge las vibraciones del universo. Claudio es la personificación de tantos soñadores románticos que construyen su propio paraíso. «En la órbita del milagro» y «Un gran momento luminoso» inciden en el tema predilecto de Homero, las interrogaciones al más allá, las tremendas angustias del hombre frente a lo desco-

nocido. ¿Qué somos? ¿Qué nos espera? ¿Hacia dónde vamos? Incógnita. Rubén Darío lo plantea en «Lo fatal». Pero la mente humana trata de traspasar el umbral de lo ignoto, de entender el lenguaje de Dios y sus designios.

Para juzgar la obra de Homero Bascuñán basta lo que conocemos. En cada uno de sus escritos está su sinceridad y su pasión. Muchos lustros de sufrimientos, de inmersión en el océano de las dudas, de ascensión hacia la plenitud del ideal, le han dado el primer fundamento en que descansa la obra del artista, la habilidad para componer y hacer andar los marionetas de carne y hueso. Sin embargo, esta facultad carecería de importancia si él no se diera todo íntegro en cada uno de sus trabajos.

Vale la pena ahora, penetrar, también, en la entraña del hombre mismo, en su sustancia. Difícil es mensurar a un individuo, ver lo que tiene de grande y de pequeño, aplicarle los rayos Roentgen, someter sus acciones, su moral, su intelectividad al espectroscopio. Lo han intentado con singular acierto algunos genios contemporáneos, maestros de la biografía como Mereshkovsky, Zweig, Ludwig, Maurois. Mis preferencias están por Zweig y Maurois. Ambos me parecen admirables. Son penetrantes miradas, focos iluminando el pasado, manos suaves modelando las estructuras orgánicas y anímicas de aquellos seres que golpearon nuestra atención con las palpitations de sus obras.

No todos los individuos aman la luz en igual medida; pero no hay nadie, por negro que sea su destino, que no se haya detenido alguna vez a contemplar el resplandor de una estrella. Esos seres abandonados con que nos tropezamos en las callejuelas sórdidas, esos que duermen bajo los puentes, en los galpones abandonados, a campo raso, a la sombra siniestra de los edificios en construcción, en el pórtico de las casas, no se eximen del magnetismo celeste. Con cuánta mayor razón debía sentir su influjo Homero Bascuñán. El lo ha contado en más

de una oportunidad. Hamlet orientaba sus acciones. Cuántas veces no buscó refugio en los cementerios pampinos para leer y meditar junto a las tumbas, donde el viento arranca melodías en sordina a las coronas de papel, donde asoman las osamentas de los ciudadanos de ayer, que arrastraron sus alegrías y sus dolores por este mundo «que es ancho; pero que es ajeno».

Homero Bascuñán creía en el verbo. Las palabras lo arrullaban con sus élitros. Lo arrullaban y lo castigaban, sí. Porque no hay fuerza tan tremenda como ese zumbido que recorre las celdillas del cerebro, la materia gris estremecida y sensible como nido de gusanos... de gusanos de seda.

Las aficiones artísticas de Homero Bascuñán, derivaron hacia el dibujo, después a la poesía y ahora al cuento. Y es en el cuento donde Homero Bascuñán se ha encontrado, donde persistirá mañana. El cuento es una antesala maravillosa, es un fragmento de vida condecorando el corazón, es la flor que nos regala su perfume y es, asimismo, la novela en miniatura y el arco de triunfo por donde podemos avanzar hacia conquistas mayores.

Yo admiro la inquietud efervescente que Homero lleva en su pecho, aunque no apruebo sus métodos literarios. Si me dieran a escoger me quedaría definitivamente con la técnica de «Don Pigua», de «Chululo», expurgado de su excesivo lirismo, de «El solitario de Portezuelos», para mi gusto, lo mejor que se ha escrito en el género taumatúrgico. Dije ya, y lo repito, «Otoño celeste» es una revelación, es el cuento que no conduce sin esfuerzo hacia una zona de misterio. Es, también, una de las técnicas que me seducen. Porque el autor no trata de asombrarnos con recursos verbales, sino con el hecho mismo. La prosa es directa y simple, con cuadros de notorio impresionismo.

Ejemplo:

«Haciendo un gran esfuerzo, saqué una mano y empecé
« a agitarla desesperadamente. Lejos, arriba; pero a mucha

« hondura, como un alfanje argentado, un cometa piadoso
 « rebanó el dosel del cielo y alargando su cabeza mitrada,
 « abrió las cinco puntas de la estrella como tentáculos de plata
 « y me arrancó de allí, dejándome lejos, en un camino cubierto
 « de hule verde».

Y más adelante:

«Me levanté y empecé a moverme rodando sobre el hule,
 « cuyo terminal presentía en las algas del nadir, y yo quería
 « colgarme de los élitros frescos del viento que volaba hacia
 « el Jordán...»

En resumen, estimo que la variedad de géneros literarios perjudica la obra del artista. Así como un poeta no puede ser clásico y modernista—y si puede no debe serlo—ni un pintor surrealista y naturalista, un literato también debería escoger un determinado género literario. Ya hemos observado que «Un predestinado de las letras» es un cuento humorístico, satírico, con ribetes detectivescos que, a mi juicio, dañan un tanto su desenlace. «Mariela-Campana» es un cuento lírico. «En la órbita del milagro» y «Un gran momento luminoso» son cuentos esotéricos que a ratos confunden al lector no iniciado. «La rebelión de los árboles» es una hermosa parábola. Homero Bascuñán nos abruma con la variedad de sus recursos. Pero, ya lo dijo Ricardo Latcham, quisiéramos verlo en su escenario, en ese «Roto estelar» que resumirá sus rudas experiencias nortinas, en lo que yo definiría como la prolongación de «Don Pigua», mi cuento predilecto.

«El roto estelar» ha de encimar nuestro mundo literario como una concreta realización de lo que puede forjar la pluma de un hombre que, en la soledad de la pampa aprendió a querer al calichero, al «particular», se tuteó con ellos en las juergas anchas de fraternidad de los pueblos del desierto. Espero que surja el norte de esta obra, que vea los cachuchos, que sienta su borboteo de lava en fusión, que contemple los amplios caminos barnizados de sol, que recoja la luz plateada de los

rieles—delgadas serpientes rebanando la costra dura—que escuche los aletazos de los ringletes, que oiga el murmullo de feria de las estaciones ferroviarias, que distinga el olor a opio, té y sudor asiático de los negocios chinos, que entre a las agrias fondas de piso sucio, donde las «cantaoras» achaparradas en el suelo rascaban arpas y vihuelas y voceaban sus tonadas.

Estoy mirando la pampa, la sueño, la visito en mis noches. A veces anclo en un barco carbonero frente al puerto de Iquique y en la pasarela se disuelve la visión. Otras, más afortunado, bajo a tierra y recorro sus calles, y golpeo con el zapato la calzada para tener la certidumbre de que aquello no es una visión onírica. Se me va el alma por todo ese ancho perímetro, se detiene en «El Colorado», percibe el trepidar de las máquinas de la Compañía de Alumbrado de «El Morro», revive la infancia vocinglera de Gorostiaga abajo, se acerca al mar, al mar salado que nos acariciaba con su falda de bailarina de blancos encajes. Ese mar, ¡Dios mío!, que arrojó una mañana a la playa como un fardo de huiro impregnado de agua, el cuerpo de un calafate borracho, de cara de cangrejo. Y el calafate magullado, herido, con su nariz sangrante, destrozada en la arista de una roca, se durmió en los brazos de la eternidad.

Quiero ver la pampa en «El roto estelar». Quiero ver la trayectoria del tren hasta «Alto Molle», los caseríos de zinc mohoso donde ondeaban las pobres vestimentas, enaguas, sábanas agujereadas; los chiquillos mugrientos escarbándose las narices en los umbrales y la fachada de un negocio en una esquina que en un tiempo lució pintura roja, la que después tostó el sol.

Cabalgando hacia la pampa en ese tren marinero, ¿volveremos a contemplar las últimas estribaciones marinas y el cuerpo de animal mitológico de las dunas, con sus suavidades de ancas bien pulidas por las brisas nerviosas de la playa?